

CUARTA PARTE

REALIZACIÓN DE LA PERFECCIÓN

CONFERENCIA XVII

LA VÍA PURGATIVA

1. **Exigencias desmesuradas de los moralistas anti-cristianos.**—No es agradable hablar de filosofía al mundo, sobre todo de filosofía moral. «No es posible imaginar nada—se dice—tan desprovisto de fundamento y tan extraño como las extravagancias de esta especie de filosofía. El que se atenga á su enseñanza, jamás se convertirá en hombre completo, y, con mayor razón, en hombre útil. Para llegar á este resultado, la primera condición consiste en abandonarla completamente». ⁽¹⁾

Á menudo proviene este juicio sólo del orgullo ó del desprecio de toda prescripción moral; pero no negamos que, en muchos casos, tenga cierta apariencia de legitimidad.

Sí, no podemos prescindir de lamentar vivamente que no sólo haya filósofos que den motivos para desdeñar las enseñanzas de la moral, sino que también ciertos profesores de moral y ciertos ascetas pretendan ser los únicos que comprenden el Evangelio por modo exacto.

Cuando el estoico dice que la virtud consiste en la insensibilidad completa, ⁽²⁾ si pretende que todo el que siente todavía un impulso de cólera ó de placer, sentimientos de honor ó de compasión, es un insensato, ⁽³⁾ tan alejado

(1) Platen, *An die Moralisten* (S. W., I, 112).

(2) (Plutarch.) *Vita Homeri*, 134 (*ἀπάθεια*).

(3) Diogen. Laert., 7, 123. Cicero, *Tuscul.*, 3, 9, 10. Seneca, *Clement.*, 2, 6.

de la sabiduría como el asesino y el incendiario, ⁽¹⁾ sabe entonces el mundo que se las ha con un estoico, es decir, con un hombre que quiere paliar la falta de actos con palabras sonoras.

Pero lo más detestable es que un teólogo protestante muy elogiado, como Cristiano de Palmer, pretenda que el santo según el Evangelio es aquél á quien no afecta ya el placer prohibido, aquél á quien toda tentación halla ya insensible. ⁽²⁾

Si esto es así, debe decirse al mundo que el santo no es un hombre viviente, y que el Evangelio no está hecho para hombres como nosotros, con lo que, ya por desprecio, ya por desesperación, volverá la espalda á una doctrina tan inhumana, y buscará él mismo su camino, ó aflojará las riendas á todas sus pasiones, con indiferencia y ligereza tanto mayor cuanto que más irracional y exagerada le parezca esta exigencia.

2. **Es imposible vivir aquí bajo sin cometer faltas.**—Sin embargo, los unos no han recibido de la razón, ni los otros del Evangelio de Jesucristo, la misión de caer en semejantes exageraciones.

Los estoicos han violentado simplemente á la razón. ⁽³⁾

(1) Plutarch., *Virt. moral.*, 10. Diogen. Laert., 7, 101, 120, 127.

(2) Herzog, *Realencyklop. für prot. Kirche* (1) XVII, 147.

(3) Que no se diga que hay, no obstante, autores cristianos que han estimado mucho á ciertos estoicos, y usado sus expresiones. Conocida es la predilección que la Edad Media tenía por Séneca. Del mismo modo, San Carlos Borromeo se servía gustoso del *Manual* de Epicteto. Pero esto se hacía por modo muy distinto que en los tiempos del Humanismo, es decir, con prudencia, con ojos cristianos é interpretación cristiana. Maximino Confesor sirvióse con frecuencia de la expresión estoica *apatía*; pero la significación que le atribuía muestra cuán diferente de la de los estoicos era su manera de ver. «También el cristiano—dice—aspira á la *apatía*. Pero ésta consiste en cuatro cosas: abstenerse de malas palabras, de malos pensamientos, de malos deseos y practicar la pureza interior (*Centur.*, 3, 51, 52. Migne, XC, 1282); más brevemente, consiste en la represión de los movimientos sensuales y en la lucha contra las pasiones en general (*Centur.*, 1, 51; Migne, XC, 1197; *De charitate*, 4, 53, Migne, XC, 1060). Sólo que—añade—no hay que creer que esté uno ya exento de semejantes cosas cuando no las siente, pues desde que se ofrece ocasión propicia, aparecen de nuevo (*ibid.*). Sin duda que puede y debe uno llegar á la perfecta caridad y á la práctica de las virtudes; esta sería entonces la verdadera *apatía*, pero puede uno ya, por regla general, considerarse dichoso cuando nos liberta de la es-

Sin duda que no es la primera ni la peor falta que haya cometido la filosofía, pero siempre se podrá decir que fácilmente hubiera podido evitarla, por cuanto la triste experiencia personal le enseña diariamente la verdad sobre este punto.

Mas lo difícil de comprender es que personas que se refieren al Evangelio puedan desconocer sus enseñanzas sobre esta materia.

Así como el orgullo del corazón humano es en todas partes el mayor obstáculo que impide la sumisión á las verdades de la razón y de la fe, así ocurre también aquí. El orgullo es el que ha inspirado á los estoicos su bella frase: la liberación del pecado. El orgullo es el que ha conducido á errores en apariencia inconciliables, como el Pelagianismo y el Jansenismo, el Racionalismo y el Quietismo, al mismo resultado, por más que tengan puntos de partida diferentes. Si los partidarios de los unos creían poder llegar con sus propias fuerzas á una perfección sobrehumana, esperaban los otros de la gracia de Dios que los condujese, sin poner nada de su parte, á un estado de reposo completo en que el pecado es imposible y segura la salvación.

Pero se engañaban y engañaban á todos los que los seguían.

Imposible es que viva el hombre sin defectos en el mundo, y mucho menos sin debilidad y sin imperfección. Cada jornada, cada resolución, cada caída y cada levantamiento, le enseña esta verdad.

La misma gracia no le hace impecable. La Revelación no nos deja duda alguna sobre este punto. Evidentemente, la omnipotencia divina podría elevarnos por encima de nuestras debilidades. Pero evita esto deliberadamente, para no alimentar nuestro orgullo y transformar con ello

clavitud de las pasiones.» (ἐλευθερία τῆς τῶν παθῶν αἰχμαλωσίας. *Quaest ad Thalass.* 56; XC, 577 c.) Cf. por lo demás á Honorat a Santa María, *Trad. de contemplat.*, II, *dissert* 8. Besse, *Les moines d'Orient*, 150 y sig.

nuestro sostén en causa de ruina. No se oculta jamás á nosotros, cuando de ella tenemos necesidad, pero sólo nos ayuda de tal suerte, que, no obstante el auxilio de lo sobrenatural, jamás podamos admirar lo que somos por naturaleza.

De aquí que las palabras: «Todos pecamos en muchas cosas»,⁽¹⁾ no sólo se aplican al hombre que no posee la gracia, sino también al cristiano, y aun al mejor cristiano.⁽²⁾ «Si decimos que no estamos en pecado, nos seducimos á nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros».⁽³⁾ Excepto la Santísima Virgen María, en la cual, por otra parte, nadie puede pensar cuando se trata de pecado, dice San Agustín: «Si pudiésemos reunir á todos los santos de todos los tiempos, y preguntarles lo que piensan de este principio, nos responderían unánimemente que se lo aplican en todo su rigor».⁽⁴⁾

Y ciertamente, y con gran asombro del mundo entero, han confesado con frecuencia que se consideraban como pobres pecadores.⁽⁵⁾ Á menudo se ha interpretado esto como un acto sencillo de humildad por su parte, y, como una humildad exagerada y falsa. Pero, al expresarse así, no han creído decir otra cosa que la pura verdad.⁽⁶⁾

Además, la Iglesia ha declarado expresa y solemnemente que no sólo es un acto de humillación personal, sino la expresión de la realidad, el que uno se reconozca como pecador, aunque sea el más santo de los hombres.⁽⁷⁾ Porque nadie podría evitar durante mucho tiempo el peligro de caer, si Dios no le concediese gracias especialísimas y pri-

(1) Jac., III, 2.

(2) Cyprian., *Testimon.*, 3, 54. Augustin., *Perfect. justor.*, 21, 44. Cassian., *Coll.*, 23, 7, 8. Gregor. Magn., *Mor.*, 18, 12.

(3) I Joan., I, 8, 10.

(4) Augustin., *Nat. et grat.*, 36, 42.

(5) Raimund., *Vita S. Cath. Sen. Prolog.*, 13, 14. Ludov. a Ponte, *Dux spirit.*, 4, 5, 3. Reguera, *Myst.*, I, 4, q. 5, n.º 635 y sig. Schram, *Myst.*, § 287.

(6) Cassian., *Collat.*, 23, 17, 18. Augustin., *Nat. et Grat.*, 36, 42. Bartoli, *Vita di S. Ignaz. Loyola*, I, 4, c. 4. Schmöger, *Anna Kath. Emmerich*, (2) II, 609.

(7) Conc. Milev., c. 6.

vilegios extraordinarios, como se admite en el caso de la Santísima Virgen. ⁽¹⁾

3. Los santos han confesado con grandísima franqueza sus debilidades y sus faltas.—Así, no tenemos que hacer más que recorrer la vida de los santos, para convencernos de que, ni ellos, ni los que han escrito su vida, han ocultado sus debilidades y defectos. Bajo este concepto, hay, como con tanta frecuencia lo hemos hecho observar, considerable diferencia entre los tiempos antiguos y los modernos.

Hoy,—no queremos investigar la causa—creemos conservar la estimación del mundo, mucho menos luchando seriamente contra nuestros defectos, que dándonos la apariencia de ser superiores á nuestros defectos.

Ahora bien, tal como procedemos con nosotros mismos, obramos con todo lo que nos parece santo y digno de respeto. Consideramos como una humillación de nuestros santos, cuando se habla de sus debilidades, y como una calumnia contra la Iglesia, cuando un escritor toca ligeramente ciertos abusos pasados ó presentes.

De aquí proviene que nuestras biografías actuales ⁽²⁾ de santos y de hombres ilustres, muestren, al lado de numerosos hechos dignos de admiración, poquísimos actos capaces de alentar y propios para ser imitados. De aquí proviene igualmente que muchas tentativas para justificar abusos en la Iglesia, no hayan tenido el éxito esperado. Al querer excusarlo todo, y al no confesar ninguna debilidad, provócase en todas partes la desconfianza y la incredulidad, aun sobre puntos en que no tendrían razón de existir.

Nuestros padres supieron evitar este peligro. Cuando hablan de la Iglesia y de la vida de los santos, refieren las faltas y los abusos con tanta sencillez y rectitud como cuando señalan los hechos y los resultados más estupen-

(1) Conc. Trident., s. 6, c. 23.

(2) En este sentido puede uno aceptar el duro reproche que expresa M. Canus (*Loc. theol.*, 1, 11, c. 6, § *prima lex*, ed. Patav., 1762, 295 y sig.).

dos. Esto es lo que los hace tan dignos de estimación con relación á personas y cosas, á cuya glorificación consagran su pluma. En efecto, todo el mundo ve que dicen la verdad tal como es, y que la causa que sirven es capaz de soportar la más franca sinceridad.

Bajo este concepto, los mismos santos nos ofrecen los más brillantes ejemplos.

No hay necesidad de que hablemos de San Agustín. Del mismo modo, todo el mundo sabe lo que de él dice San Jerónimo. Santa Gertrudis nos refiere sus faltas con la misma calma y sencillez con que nos cuenta las gracias más sublimes de que fué favorecida por Dios. Vese que habla de algo que le parece completamente natural. Describe sus movimientos de orgullo, su vanidad, su curiosidad, sus impacencias, sus distracciones; confiesa que ciertas conversaciones profanas le causaban mucha alegría, y que ciertas aficciones producían en ella profunda tristeza, que las lisonjas hallaban siempre terreno abonado en su corazón, y que su lengua no estaba exenta de palabras ociosas. ⁽¹⁾ Santa Lidvina confiesa que amaba demasiado á una sobrina, y que esto desplazaba á Dios. ⁽²⁾ Santa Teresa dice, en una aparición ocurrida después de su muerte, que dejó caer más de una flor, más de una hoja, y aun á veces pequeños tallos del maravilloso ramillete que tenía en sus manos, porque las relaciones con las personas del mundo, la gestión de los asuntos exteriores, son también en los santos causa de peligros tales, que á veces tropiezan, y aun caerían, si la gracia de Dios no los sostuviese. ⁽³⁾

Así han procedido casi todos los santos. No podían tomar sobre sí la empresa de referir sus virtudes y milagros, á menos de ser obligados á ello por la obediencia. Pero hablar de sus defectos les costaba tan poco, que con frecuencia se han asombrado de ella almas estrechas y débiles.

4. Modelos indignos del hombre y modelos hu-

(1) Gertrud., 2, 1, 3, 12; 13; 3, 4, 59; 4, 2, 42.

(2) Thom. a Kempis, *Vita S. Lidvina*, 2, 10, 1, 2.

(3) Ludov. a Ponte, *Marina de Escobar*, 4, 27, 2.

manos.—Sin embargo, no hay razón alguna para tener falsa opinión de los santos. Por lo contrario podemos decir que precisamente es esta franqueza una de las notas características más infalibles de la verdadera santidad.

Todo el mundo adivina ya lo que hay de antinatural en esos santos del jansenismo y del puritanismo, con sus apariencias artificiales de elevación sobre los sentimientos humanos. Pero cuando uno ha visto más de cerca su continente duro y solemne, su aspecto altivo, glacial, sus labios oprimidos, y sus ojos, uno del os cuales mira siempre al cielo con aire de piedad, y con desprecio el otro, al pobre pecador que todavía no se ha despojado por completo de su humanidad, se desvanece nuestra confianza en ellos, aun antes de que una de sus palabras, caramente compradas, revele que un espíritu más agrio que el vinagre fermenta en su corazón.

Si muestra una predilección por las particularidades, puede admirar, en el cinismo y en el budismo, todas esas caricaturas de la santidad, ora en una actitud teatral, ora en una rigidez repugnante de suciedad. Pero nadie se sentirá atraído hacia ellas como hacia un espejo de la verdadera humanidad, nadie se sentirá entusiasmado para imitarlas.

No ocurre lo mismo en los santos. Son éstos, hombres verdaderos, vivientes, hombres de carne y hueso como nosotros. Como nosotros sienten, y no se avergüenzan de expresar humanamente sus sentimientos humanos con quejas, suspiros y lágrimas. Están tan poco elevados sobre los peligros de la sensualidad y las seducciones de la pasión como nosotros. No ocultan nunca que saben muy bien que las pasiones dormitan en ellos, y que hasta las sienten agitarse. Si con tanta precaución doman sus sentidos, es precisamente—nos lo dicen con la mayor franqueza—para que no se desencadene su sensualidad. Si tan penosas mortificaciones practican, es para que no prevalezcan sus malas inclinaciones, para que no maten á su alma. Si, á pesar de esta vigilancia heroica, no pueden impedir

á veces que se despierten sus pasiones y que los hagan tropezar, y aun caer, es para nosotros una invitación á tener más prudencia, más circunspección y confianza en ellos. Porque entonces es cuando vemos que son parientes nuestros en todo, y que en manera alguna debemos desesperar de alcanzar nuestro fin, si ellos han podido llegar á semejante perfección, no obstante sus debilidades.

Los estoicos habían imaginado un ideal completamente irrealizable. ⁽¹⁾ De aquí que no hiciesen esfuerzo alguno para lograrlo.

Los jansenistas renovaron la tentativa, pero demostraron por modo evidente, gracias á los malos resultados obtenidos, que sus modelos paganos habían tenido razón.

En cambio, la doctrina cristiana de la perfección cuenta con el hombre, es decir, con la imperfección que le es propia. De aquí que millares y aun millones de individuos hayan podido tentar realizarla en su vida, habiendo recompensado sus penas los éxitos más magníficos, y confirmado la verdad de los principios que de ella habían tomado para conseguir este fin.

5. Precisamente por sus debilidades son los santos nuestros modelos.—«Si, pues,—dice Casiano—queremos llegar con seguridad á la verdadera perfección en la virtud, preciso nos es tomar como maestros y guías á los que no desiertan con vanas palabras y ociosos sueños, sino á los que de hecho se han apropiado la perfección. Pueden ellos enseñarnos con certeza en qué consiste la virtud y conducirnos con seguridad á ella. Porque habiendo ellos mismos llegado á este fin, su enseñanza tiene doble autoridad.

»Ahora bien, la particularidad que uno nota en ellos consiste precisamente en que cuanto más crecían en pureza de corazón, más confesaban que sentían pesar sobre ellos sus faltas. Cuanto más avanzaban en el camino de la perfección, más amargamente suspiraban de no ser capaces de deshacerse por completo de sus defectos y pecados.

(1) Seneca, *Benef.*, 1, 10, 1 y sig.; *Tranquill.*, 7, 4; *Ep.* 42, 1.

dos, como si estas debilidades hubieran sido impresas en letras de fuego en su alma con un sello.

»De aquí que velasen continuamente sobre ellos mismos, y jamás pensasen buscar una excusa en el espectáculo de otras personas más imperfectas y más tibias. Por lo contrario, tenían siempre fijos los ojos en los que se habían libertado por completo del pecado y gozaban ya, en el reino del cielo, de la felicidad eterna. Pero por ello comprendían también que á la gracia divina, y no á sus trabajos, debían atribuir su triunfo, y que su deber consistía en trabajar sin descanso en la adquisición de la humildad.

»De este modo obtuvieron doble resultado. Teniendo siempre algo que deplorar en ellos, evitaban el peligroso escollo del orgullo, y, con su experiencia constante de que la carga de las miserias humanas que pesaba sobre ellos no les permitiría jamás llegar á la tan deseada pureza del corazón sin el auxilio de la gracia, sentíanse siempre impulsados de nuevo hacia el fin más elevado que su destino les indicaba». ⁽¹⁾

Así habla Casiano.

Pero sólo los que seriamente aspiran á la verdadera virtud conocen los grandes consuelos y alientos que hay en este ejemplo de los santos.

Los antiguos y modernos panegiristas de la virtud, que, con sus palabras huecas, pierden la reputación, no sólo de la enseñanza de la virtud, sino de la virtud misma, pueden turbarse cuanto quieran de la debilidad humana, y predicar una virtud imposible de alcanzar. Según ellos, ni siquiera pueden poner manos á la obra para realizar uno solo de sus preceptos.

Cuando uno de sus discípulos se lamenta de que es intolerable la carga que imponen, dicen, como los antiguos estoicos, que es falso creer que sus bellas frases estén destinadas á ponerse en práctica. ⁽²⁾

Pero no es con una filosofía, que es puro ejercicio de

(1) Cassian., *Institut.*, 12, 15.

(2) Kuno Ficher, *Gesch. der neuern Philos.*, (2) I, II, 563.

lenguaje, ó alimento para el orgullo del espíritu, como se hacen avanzar las cosas en provecho de la humanidad. De lo que tenemos necesidad es de una dirección de la vida. Ahora bien, no se vive de palabras; vivir es obrar, y, si no realizar, por lo menos dirigir á lo alto las miradas, luchar y hacer serio uso de las fuerzas de que uno dispone.

Con profunda verdad aplica la Revelación á la vida espiritual la comparación de los dolores del parto. ⁽¹⁾ Por que también en él se hacen sentir penas dolorosas, ⁽²⁾ y sólo se obtiene el resultado con peligro de la vida. Raquel estuvo á punto de morir cuando dió á luz el hijo de su dolor. También los santos experimentan en el trabajo de su perfección crisis formidables; invocan al Señor con más insistencia, elevan sus manos hacia Él, y Él escucha sus plegarias, y no los entrega á sus enemigos. ⁽³⁾

Pues bien, puede uno confiarse á hombres que han dado este terrible paso con peligro de su vida, luchando para llegar á puerto.

Por consiguiente, cuando tengamos necesidad de personas que quieran únicamente ser oídas ó leídas, nos acordaremos siempre de los filósofos y de los poetas. Pero cuando se trate de estudiar y de obrar, cuando se trate de la vida, nos atendremos á nuestros santos y á los que han ido á su escuela. Ahora bien, dicennos éstos ante todo una verdad que nunca podremos grabar por modo suficientemente profundo en nuestra alma. Hela aquí: no con bellas palabras recorre uno el camino que conduce á la perfección, ni siquiera con deseos piadosos, sino únicamente por medio de acciones serias.

6. La vía purgativa, primera de las tres vías de la perfección.—Ahora bien, la primera y la más necesaria de todas las acciones es la purificación del alma. ⁽⁴⁾

(1) Is., XXVI, 18. Joan., XVI, 21.—(2) Psalm. XLVII, 7.

(3) Eccli., XLVIII, 21 y sig.

(4) Trata fundamentalmente la empresa de la *vía purgativa* Alvarez a Paz, II, l. 1, 1, 44; III, l. 3, p. 1; l. 4, p. 1. Igualmente Schram, *Theol. myst.*, § 27-102. Philipp. a S. Trinit, I, tr., 1, 2. Meynard, *Vie intérieure*, (3), I, 61-188. Sandreau, *Dégrés de la vie spirituelle*, (2), I, 47-248. Véase también conf. IX, 8, 9.